

De sombras y ridículas preciosas

VERSIÓN OSCURA PARA JÓVENES Y OTROS MONSTRUOS DE *LES PRÉCIUSES RIDICULES*¹ DE MOLIÉRE POR ENRIQUE OLMOS DE ITA

¹ Para la presente adaptación se usó el texto en castellano *Moliere, teatro*. Editorial Bruguera. Barcelona, 1970. Con un estudio preliminar y bibliografía seleccionada por las profesoras D. Inmaculada Pausas y D. M. Juana Ribas. Se consultó y cotejó además el texto en lengua francesa Moliere, *Oeuvres completes* Collection Nationale del Classiques francais. Imp. Nationale de France. Edit. Richelieu. Presses de l'Imprimerie Nationale de France (s. 1., 1949).

BREVES ADVERTENCIAS

Drama es personaje. Y para organizar el pacto de realidad que es el teatro se necesita organizar también el desfile de personajes que van más allá de la convención de inmediatez que hemos consentido a través de la historia de la representación.

A partir de esta idea se busca explorar el enunciado de la teatralidad en el lenguaje de lo contemporáneo, evitando, hasta lo posible, las influencias morales o didácticas posibles en el ejercicio dramático. A los jóvenes no hace falta mentirles, ellos saben que la vida vale poco, que el mundo se deshace en las manos, tienen los vicios a la vuelta de la esquina, la identidad es un juego, y más nos vale hablarles de lo que ven y escuchan, de sus temas, de sus contradicciones. Para eso debe servir el escenario: entablar un amable diálogo entre seres humanos.

Así, sólo nos resta prevenir al lector y al posible oficiante de los cambios y mutaciones más allá de la fonética y de los usos de la expresión en la comedia original que en manos de este adaptador sufre. Primero se trastocó la figura del buen burgués, arquetipo recurrente en la obra de Moliere, llamado Gorgibus, en aras de darle amplitud a las características del personaje, y hacer una comedia rotunda en términos de peripecia. Murieron para esta versión oscura el criado y el lacayo de las preciosas ridículas por considerarlos innecesarios para los tiempos que corren, además de violinistas y otros incidentales. La obra respeta la fábula original y la construcción de los personajes que el autor propone. Aunque los cambios son múltiples y las situaciones sufrieron también las modificaciones mínimas que el escritor consideró pertinentes.

Como es de suponerse el ambiente será el que el director crea conveniente para el aquí y ahora de la oferta escénica; se propone un pueblo en cualquier paraje geográfico de la provincia mexicana; el tiempo el actual de su adaptación y lo demás queda en el viejo comediógrafo francés, en su heredad dramática ahora convertida en un espectáculo dark con las legítimas aspiraciones de ficción para jóvenes.

Personajes

El Grande: Pretendiente rechazado

El Craso: Pretendiente rechazado

Magdalena: Preciosa dark

Catalina: Preciosa dark

Gorgibus: Padre de Magdalena y tío de Catalina

El Mascón: Criado de El Grande y supuesto dark

El Jodelet: Criado de El Craso y supuesto dark

Servidumbre en casa de Gorgibus.

La escena se desarrolla hoy en la casa del señor Gorgibus y en la calle del
pueblo.

De sombras y ridículas preciosas

Lel qu'en Luí meme en fin l'eternité le change

Le Poète sucite...

Mallarmé. Le tombeau d' Edgar Poe.

Traducción de Jorge Cuesta.

ACTO ÚNICO

El Grande y El Craso en la calle.

Grande. ¿Te das cuenta?

Craso. ¿Qué?

Grande. Hicimos el ridículo.

Craso. Así fue...

Grande. Y ellas se divirtieron.

Craso. En efecto...

Grande. Estar ahí con esas niñas tanto tiempo. Tiempo perdido.

Craso. Así es la vida.

Grande. ¡Así es la fatalidad! Ah, ¡me molesta!, por qué tiene que salir todo mal, siempre.

Craso. No siempre. Lo que pasa es que te lo tomas muy a pecho. Deja que pase, relájate; tranquilo, que la vida pase por ti, sin prisa. Si quieres te doy un masaje...

Grande. ¡No te burles! Esto realmente me tiene molesto.

Craso. También estoy un poco enojado. En realidad me burlo de nosotros para no llorar. Mira que hacer el ridículo con unas jovencitas no es algo que acostumbre. Dime, ¿dónde has visto a dos pueblerinas de este tipo hacerse del rogar tanto como ellas? ¿Y a dos hombres tratados con más desprecio que a nosotros?

Grande. Hace mucho que no me sentía tan poca cosa.

Craso. Jamás he visto a dos mujeres cuchichear tanto como a ellas, bostezar, mirarse los zapatos, frotarse los ojos, perderse en la nada...

Grande. Y mirar el reloj con insistencia, como si estuvieran esperando la hora para que nos fuéramos.

Craso. No han hecho más que pronunciar: "sí" y "no" a todo lo que les decíamos. ¡Qué mujercitas!

Grande. Eso sucede cuando te topas con gente de tan poco nivel cultural.

Craso. Ilustradas.

Grande. Zonzas y arrogantes.

Craso. Caras de mono. Caras de mono maquilladas de la peor forma.

Grande. Marginales.

Craso. ¡Nacas con aspiraciones de mundo!

Grande. Aun cuando hubiéramos sido las últimas personas de este mundo, ni así nos hacen caso. No se podría tratarnos peor de lo que nos han hecho pasar estas niñas.

Craso. Preciosas y ridículas.

Grande. Eso, ridículas. Ridículas vestidas de negro y con la cara pintada: como si estuvieran muertas.

Craso. Como si fueran vampiresas o quién sabe qué. ¡Ágrafas, imitadoras de payasos!

Grande. Sí, de payasos de las tinieblas.

Craso. Me apabulla su horrible maquillaje.

Grande. Quieren aparentar que no tienen sangre humana. Que son como muy, como muy distintas.

Pero son de la misma tela con la que Dios hizo a hombres y mujeres.

Craso. Claro... bueno, hay telas finas y telas corrientes.

Grande. Y ellas pertenecen a las telas corrientes que parecen finas.

Craso. Sí. Porque en el fondo son bonitas.

Grande. Sí, lo son. Lo acepto. Son bonitas, eso nadie lo discute, pero así vestidas y con esa actitud ni en el infierno se consiguen buen partido.

Craso. ¡Ni en la convención de brujas! Ah... Y yo que creí que hoy iba a ser un día de conquista.

Grande. Yo también, hasta me traje la corbata azul que me regalaron en mi cumpleaños.

Craso. ¿Es la corbata italiana?

Grande. Sí, diseñada en Italia, fabricada en París.

Craso. La compraste en París...

Grande. Bueno, en Fabricas de Francia, que es lo más cercano.

Craso. Ah, ya veo; se veía más fina antes, cuando estaba en el empaque.

Grande. No seas envidioso.

Craso. Bueno; en mi caso, yo traía los zapatos que me compró mi papá en la capital.

Grande. He visto iguales en el mercado del centro.

Craso. Claro que no, de ninguna manera, no seas tonto. ¡Estos zapatos son de una tienda de exportación que sólo encuentras en Polanco!

Grande. Ajá.

Craso. Ah. Tú porque estás acostumbrado a comprar en tiendas de segunda mano.

Grande. ¡Cómo te atreves!

Craso. Eso parece...

Grande. Quisieras. Lástima que el buen gusto no se compre en los pasillos del mercado...

Craso. Tampoco en ventas por catalogo.

Grande. ¿Qué quieres decir? No tienes ni idea de lo que hablas... Yo tengo un sastre exclusivo.

Craso. ¿Sí? ¿Cada semana te lleva su muestrario?

Grande. Tonto... Bueno, ya. Dejemos la discusión. El caso es que nos despreciaron y encima nos trataron como cucarachas. No hay que perder energía en nuestros pleitos, que bien pueden esperar.

Craso. Sí...

Grande. Yo me esforcé en hacer sonreír a Magdalena, que hablara, que dijera algo, que sonriera con mis chistes. Por lo menos en pasar un rato más o menos agradable, contarle alguna anécdota... y nada, no logré sacarle ni una palabra.

Craso. A mí me fue peor, por lo menos la tuya te escuchaba, pero la tal Catalina no hizo más que tararear canciones y mirar para todos lados menos para dónde yo estaba.

Grande. Igual conmigo...

Craso. ¿No crees que estamos tomando el asunto muy a pecho?

Grande. ¡Desde luego que me lo tomo muy a pecho! Esto no se le hace a Agustín El Grande de la Burbolla Holla. No es posible que a dos jóvenes abogados, apunto de obtener con honores su título profesional nos rechacen dos jovencitas malcriadas con cara de payasos.

Craso. Y todo por hacerle un favor al licenciado Gorgibus.

Grande. Claro, cuando me dijo que quería que saliéramos con su hija y sobrina pensé que se trataba de dos chicas normales. Nada que ver con esas niñas engreídas. Pensé en dos lindas muchachitas recién llegadas de la capital, buscando una historia de amor en un pueblo, como en las películas de antes, para llevarles mariachi y todo. Pensé en dos niñas bien arregladas, muy sonrientes, muy chulas.

Craso. Je, y estas que parecen hijas de Satán...

Grande. ¿Cuál Satán?, hijas del conde Pátula.

Craso. ¿Por qué se vestirán así? Con esas ojeras pintadas...

Grande. ¿Y con las botas hasta la rodilla?

Craso. ¿Viste sus aretes en la cara?

Grande. Sí, claro que lo vi. Terrible...

Craso. ¿Por qué lo hacen?

Grande. No sé, la gente es rara.

Craso. Nos hicieron ver como unos pueblerinos.

Grande. No sé si es para tanto...

Craso. Grande, seamos honestos: nos vimos mal.

Grande. Pudo ser peor.

Craso. ¿Sí? ¿Cómo?

Grande. No sé, siempre puede ser peor.

Craso. Lo dudo.

Grande. Quizá tengas razón.

Craso. Hasta me pongo pálido nada más al recordar nuestra actuación...

Grande. ¿Y qué hacen niñas así en este pueblo?

Craso. Pero si son de aquí. Parecen de otra galaxia, pero nacieron y se criaron en estas tierras. Van a estudiar a la capital.

Grande. ¿Y qué hacen aquí?

Craso. Vacaciones de verano. Largas vacaciones de verano...

Grande. Con razón, las muy altaneras. Nada más se van unos meses y ya quieren ser muy acá, muy no-sé-cómo; muy distintas.

Craso. Ni modo, nosotros cumplimos.

Grande. ¡Pero esto no se queda así!

Craso. ¿No?

Grande. ¡Claro que no! Hay que buscar la manera de vengarnos de esta impertinencia. No podemos quedarnos con los brazos cruzados.

Craso. ¿No?

Grande. No; imagínatelas ahora, deben estar estallando en carcajadas, burlándose de nosotros, diciendo que somos unos tontos.

Craso. ¿Tontos?

Grande. O algo peor; deben estar divirtiéndose a nuestra costa, además de la humillación y el ridículo: la burla. Hasta acá escucho sus bromas, sus bobos cuchicheos.

Craso. Desgraciadas. ¡Inconcebible!

Grande. Estoy de acuerdo, esto no puede quedarse así, no pueden tratar así a Agustín El Grande de la Borbolla Holla, y además mofarse, a nuestras espaldas, seguramente.

Craso. Tampoco pueden tratar así a Sebastián El Craso Berisastegui, y mucho menos unas provincianas presumidas... Pero –siempre hay un pero– ¿qué vamos a hacer?

Grande. Venganza.

Craso. ¿Sí?

Grande. ¿Acaso no te parece prudente que en aras de la impartición de la justicia que tanto buscamos y de que cada cual obtenga lo que se merece después de cometidos sus actos, reciban estas niñas ridículas una lección de igualdad y honradez?

Craso. Y buen gusto.

Grande. Además buen gusto, claro. ¿No es acaso nuestro deber como abogados? Como embajadores de la ley, hombres fincados en la supervisión del derecho y la vigilancia de los reglamentos universales de los hombres; me parece nuestra obligación.

Craso. Lo es, sin duda.

Grande. Desde luego.

Craso. Sólo que no veo cómo...

Grande. Ah, ese detalle.

Craso. Precisamente.

Grande. Podríamos... Tal vez... Si fuera posible...

Craso. Una cucharada de su propio atole.

Grande. ¡Exacto! La influencia dark y oscura se ha propagado en todas partes, no sólo en las grandes ciudades. Y llegó aquí también, al pueblo...

Craso. Pero ni son nada. Pasaron de chuntaras-a-hippies-de-ciudad-fresas-dark-de-fantasia.

Grande. ¿Y eso qué significa?

Craso. Que nada más le hacen... que ni saben. Qué van a ser dark's, es pura facha.

Grande. Para sentirse de otra galaxia...

Craso. Sí... ridículas que se sienten muy de mundo, de vanguardia, muy acá, muy extravagantes. Yo creo que hay que darles en donde más les duele.

Craso. ¿En dónde?

Grande. Una cucharada de su propio atole.

Craso. Eso mismo dije.

Grande. Sí, como sea. Mira, conozco a alguien, trabaja para mi papá, es chofer y a veces nos ayuda en el negocio.

Craso. ¿Y?

Grande. Le gusta el teatro. Se metió a tomar unas clases de dramaturgia en la casa de cultura, con un maestro al que le hace falta un riñón.

Craso. ¿Y eso qué?

Grande. Pues parece que el maestro sin riñón, es muy malo. Lo que se dice malo, pero malísimo. Se la pasaba gritando tonterías y viéndole las piernas a sus alumnas.

Craso. Sí, y qué...

Grande. Que entonces el tipo dejó la escritura y se puso a actuar. También se buscó unas clases, en la misma casa de cultura; y le tocó el mismo maestro sin riñón.

Craso. Mala pata...

Grande. Pero resultó ser buen maestro de actuación, hasta eso. Por lo menos eso dice su alumno.

Craso. Actuar es lo más fácil, ni se necesita estudiar.

Grande. Cualquiera lo hace, eso sí.

Craso. Y eso a qué viene.

Grande. Ah, pues creo que nos puede ser útil.

Craso. ¿Para qué?

Grande. Para jugar una broma, divertimos un poco con esas niñas apegadas a su papel de vampiresas y de paso darles una lección de derecho romano.

Craso. ¿Derecho romano?

Grande. Bueno, darles una clase de derecho, de la jurisprudencia del país que quieras.

Craso. Bien, parece buena idea.

Grande. Con un buen plan y verás que nos desquitamos y terminamos estallando en carcajadas nosotros.

Magdalena y Catalina

Catalina. Mira esta otra foto...

Magdalena. Está de poca... Fíjate en el tatuaje que tiene en los párpados.

Catalina. Órale. ¿Qué dice?

Magdalena. A ver: As – co...

Catalina. Asco... Bien...

Magdalena. Yo quiero uno así.

Catalina. Y yo quiero perforarme una ceja y el labio y tener un pearcing en la lengua y un arete en el ombligo y otro en el pezón derecho.

Magdalena. Deberíamos armar una sesión de fotos. Y luego mandarlas a la revista.

Catalina. O subirlas a internet...

Magdalena. ¡Eso! ¡Hasta deberíamos hacer nuestro propio blog!

Catalina. Se llamaría: "Los cuervos que críe".

Magdalena. Bueno... no, no sé. Porque cuervos me recuerda a los zopencos de hace rato...

Catalina. Ah... Esas per-so-nas.

Magdalena. ¿Qué te parece?

Catalina. ¿De dónde habrán salido esos imbéciles?

Magdalena. Son amigos de mi papá. Aunque parecen una broma de mal gusto.

Catalina. De muy mal gusto.

Magdalena. Un suplicio.

Catalina. ¿Por qué tu papá se empeña en mandarnos esos figurines?

Magdalena. Quiere vernos rodeadas de licenciadillos y de gente de lo más aburrida, por el estilo de él, o peores. Hace unos días me dijo que deberíamos relacionarnos "con la mejor gente del rumbo, y tener mejores amistades".

Catalina. Ah, ya veo, mi tío quiere buscarnos novio y se le ocurrió mandarnos a los peores tipos del pueblo, los más ridículos y bobos.

Magdalena. Caras de mono.

Catalina. Caras de mono con corbata.

Magdalena. No veo para qué quiere que salgamos con esos tipejos.

Catalina. Para irritarnos.

Magdalena. Así no dan ganas de salir al sol, otra vez.

Catalina. Pobres-diablos-de-rancho. La neta: no entiendo a tu jefe...

Magdalena. No lo hace de mala fe, en el fondo.

Catalina. Pues parece lo contrario.

Las mismas y Gorgibus

Gorgibus. ¿Qué pasó con mis jóvenes colegas? ¿Ehhh? ¿Qué opinan de ellos mis muchachas?

Magdalena. Y qué quieres que te digamos...

Gorgibus. ¿Por qué salieron tan apenados?

Catalina. Sin comentarios.

Gorgibus. ¿Pero qué pasó, si ellos son encantadoras personas? Están a punto de titularse como abogados, ahora son pasantes prometedores. Antes fueron excelentes estudiantes; uno orador magnífico y el otro declama versos sublimes, realmente conmovedor; son magníficos muchachos.

Magdalena. Sí, excelentes pelmazos.

Catalina. Creí que era una broma, tío.

Magdalena. Parecían salidos de una boda o de una fiesta de quince años.

Catalina. O de un funeral.

Gorgibus. Miren, mis niñas, yo conozco bien a sus familias y sé que son muchachos de lo mejor que hay en el pueblo. Vienen de una familia muy decente y tienen grandes aspiraciones. Tal vez sean, en un futuro no muy lejano, grandes estadistas, prominentes empresarios, ganaderos, propietarios de haciendas y tierras de cultivo; o grandes poetas del paisaje, ministros de la corte, o diputados.

Magdalena. Con esa ropa no llegarán muy lejos. Quizá a una convención de monos con corbata.

Gorgibus. Les gusta vestir bien; es todo, dar una buena impresión con trajes de excelente gusto.

Catalina. Con la ropa de abuelos...

Magdalena. Pasada de moda.

Gorgibus. A ustedes no las entiendo. Están todo el día aquí, recluidas, escuchando esa música abominable, untándose cosas en la cara, pintándose líneas negras alrededor de los ojos y los labios.

¿Pero de qué se trata?

Magdalena. No entiendes los movimientos cósmicos de nuestro interior.

Gorgibus. Lo único que quiero para ustedes es que se hagan de mejores compañías, que dejen esas caras de payasos y que cambien su ropa negra por algo más alegre, más festivo, más bonito; que se consigan un galán y vayan a bailar, una cumbia o un danzón, o salsa. ¿Qué les parece?

Magdalena. ¿Bailar? Por favor.

Gorgibus. Y que el sol les ayude a borrar esas pálidas caras, que se vean vivas, sonrían un poco. Se pongan una falda, no muy corta, claro está, y salgan a caminar en el parque.

Magdalena. El sol no es lo nuestro.

Catalina. Prefiero la noche.

Gorgibus. ¿Cómo quieren entonces conocer a alguien? Un novio, un amigo, alguien para platicar sino quieren salir ni a tomar un helado en el parque...

Catalina. ¡Yo no quiero conocer a nadie!

Gorgibus. Ya están en edad de conocer las mieles del galanteo.

Magdalena. En el remoto caso de que quisiéramos conocer a alguien tendríamos que conocerlo en un concierto, no en la sala de la casa, y jamás iríamos a tomar un helado a la plaza, jamás. Además no pueden conquistarnos tipos que usan corbata y zapatos del siglo pasado y se sientan a platicar de tonterías durante casi tres horas sin darse cuenta de que son desatendidos por completo. No saben nada de nada; para ellos la vida es la calle, las ferias, ir a los bailes y la política de rancho.

Catalina. Güacala, pero qué asco de gente.

Magdalena. Opino igual.

Gorgibus. Ya me estoy cansando de sus expresiones, de sus arrebatos, de su falta de cordura; lo que ustedes necesitan es alguien que les dé una buena lección y aprendan a vivir como se debe, como las bonitas muchachas de su edad.

Catalina. Chale.

Magdalena. No te agites papá.

Gorgibus. ¿Qué no qué?

Catalina. Chale.

Magdalena. Que calmes tu malavibra.

Gorgibus. Ah, con ustedes es imposible. Y deja de usar esa horrible palabra, Catalina, por favor.

Catalina. Pues... chale.

Magdalena. Bueno papá, nosotras vamos a esperar a que oscurezca en nuestra recámara.

Gorgibus. No entiendo nada de todas esas pamplinas, payasadas, boberías inútiles. Quiero tener una hija y sobrina decentes con quiénes poder salir a la calle. Y si no se alinean, por mis pistolas que muy pronto las veo casadas o se hacen monjas, ya verán.

Magdalena. ¿Qué mosca te picó jefe?

Gorgibus. Ya hasta el respeto perdieron. ¿Por qué no pueden ser como las niñas de antes? Por lo menos normales, sin tanta facha...

Magdalena. Bájale, sin aceleres. Lo nuestro es diferente, estamos en otra sintonía, nada más.

Catalina. Sí tío, bájale, todo con calma, hay que ser tolerantes. ¿No has visto los anuncios en la tele?

Magdalena. La discriminación es un delito.

Gorgibus. No, no los he visto y no me importa. Más vale que se arreglen porque los chicos prometieron venir en la noche, en un rato, a tomar un cafecito. En mis tiempos se decía que las muchachas se ven más guapas de noche, a ver si es cierto con ustedes. Sorprendan a los jóvenes.

Magdalena. ¿Qué?

Gorgibus. Pues les pedí que también vinieran en la noche, para que sigan platicando.

Magdalena. Sólo espero que esos tipos hayan entendido que aquí no queremos losers de su especie. Pobres-diablos-caras-de-mono-con-corbata.

Gorgibus. ¡Magdalena! Recuerda que en este pueblo la gente es diferente, no están acostumbrados a su trato... Mientras estén aquí deben comportarse...

Magdalena. Sí, lo que digas.

Gorgibus. Deberían irse a componer esa cara, cambiarse la ropa, sonreír un poco. Qué tal que sus nuevos amigos las invitan a bailar.

Catalina. Lo que me faltaba.

Gorgibus. ¡Y te falta más, jovencita! Te falta más...

Magdalena. Ya jefe, sin broncas. Sea la paz...

Magdalena, Catalina y servidumbre.

Catalina. Ah, qué aburrido...

Magdalena. No hay mucho que hacer en este horrible pueblecito.

Catalina. ¿No llegaron estos imbéciles, verdad?

Magdalena. Claro que no. Más les vale no volver a pararse por aquí.

Servidumbre. Con esa actitud jamás tendrán vida social...

Magdalena. Para lo que sirve.

Catalina. No pedimos, tu opinión, por cierto.

Magdalena. Ten cuidado, las paredes oyen.

Servidumbre. Ah... escuchen... Voy a ver quién toca a la puerta. Tal vez sean El Grande y El Craso, que se les hizo un poco tarde...

Catalina. ¡Noooo!

Magdalena. Ojalá que noooo.

Catalina y Magdalena.

Catalina. ¿Serán tan imbéciles cómo para no entender que no los queremos volver a ver?

Magdalena. Están más tontos de lo que creí.

Catalina. Además tercos.

Magdalena. Otras tres horas de martirio.

Catalina. ¿Y si quieren salir a la calle?

Magdalena. Espero que no.

Catalina. A comer un helado en la plaza... Hazme el favor...

Magdalena. No seas tonta, a estas horas no hay helados.

Catalina. Qué bueno.

Magdalena. Además hace frío.

Catalina. ¿Entonces qué hay?

Magdalena. Pues bailes...

Catalina. ¿Bailes?

Magdalena. Sí, creo que sí. Salen a bailar y escuchan música tropical o ranchera.

Catalina. Ah, qué miedo.

Magdalena. Horrible.

Catalina. Yo me rehúso a bailar una sola nota.

Magdalena. Yo también.

Gorgibus. Niñas, niñas. No sean tan prejuiciosas.

Catalina. Ajá.

Gorgibus. Bueno ya; por favor compórtense, las voy a dejar en buenas manos. Recuerden que tienen que lucir bien, bonitas; que se vea que son niñas, niñas de buen gusto...

Magdalena. ¿Sí? ¿Cómo?

Gorgibus. Pues que sean más, más niñas, más dóciles, más... preciosas. Eso es... muestren toda la belleza que traen por dentro. En una de esas y hasta las invitan a bailar, un día de estos...

Catalina. ...

Gorgibus. En la feria, dicen que se va a organizar una cosa de rodeo, bien, pero bien bonita...

Magdalena. ¿Rodeo?

Catalina. Por favor, tío, diles a tus muchachos que no queremos bailar, que más vale que nos dejen de molestar, que estamos muy ocupadas, que queremos descansar, ha sido un día muy largo, diles algo tío, por favor, para quitárnoslos de encima...

Gorgibus. Tonterías. Verán que la pasan bien, nada más hay que dejarse llevar... Ya verán, ya verán.

Voy a trabajar un rato. Las dejo solas. Que tengan una linda velada...

Catalina. Sí.

Magdalena. Lo que digas papá...

Servidumbre, Catalina y Magdalena.

Catalina. Ah, ¿por qué a mí otra vez?

Magdalena. La vida es cruel...

Servidumbre. Disculpen, pero no se trata de... de un muchacho...

Magdalena. ¿No?

Servidumbre. Más bien es un tipo muy extraño el que pregunta por ustedes.

Magdalena. ¿Otro?

Catalina. ¿Cómo es?

Servidumbre. Está pintarrajeado igual que ustedes y tiene esa ropa negra horrible, vestido todo como si el color no existiera.

Magdalena. ¿Sí?

Servidumbre. Se hace llamar El Mascón.

Magdalena. ¿El Mascón?

Catalina. ¿El Mascón?

Servidumbre. ¿Lo conocen?

Magdalena. No.

Catalina. No personalmente. Debe ser una broma.

Magdalena. O un sueño.

Servidumbre. ¿Cómo?

Magdalena. Resulta que así se llama el vocalista de un grupo muy famoso.

Catalina. Del mejor.

Magdalena. La pura onda.

Catalina. "Las lágrimas de la corte oscura".

Servidumbre. Ah...

Magdalena. Sí, son los mejores.

Catalina. Nunca nadie ha visto su rostro.

Servidumbre. Yo lo acabo de ver.

Magdalena. ¿Y cómo es?

Servidumbre. Pues como un payaso triste.

Magdalena. Qué tal que es el mismísimo: El Mascón.

Servidumbre. ¿Lo dejo pasar?

Magdalena. Pues claro que sí...

Catalina. Oye, oye, y si nadie ha visto su rostro cómo es que dirige una banda de música, si él es el cantante...

Magdalena. Pues canta de espaldas al público y siempre tiene el rostro cubierto. Es parte de su personalidad "mística". Se oculta en las sombras de sí mismo.

Catalina. ¡Wow!

Magdalena. Sólo se conocen sus orejas.

Catalina. ¿Y cómo son?

Magdalena. Increíbles. Están llenas de aretes y arracadas... Tal vez recibió mis cartas.

Catalina. Ah, son esas cosas que tienes ahí guardadas...

Magdalena. Sí...

Catalina. ¿Y sí será él? ¿Cómo es?

Magdalena. Muy guapo. Tiene una energía ultra espectral muy, muy alta... ¿Crees que sea el mismo?

Catalina. Aunque sea un imitador.

Magdalena. Es muy probable que nuestra fama se haya expandido en este pueblo inmundo; y él estaba de paso, como un turista cualquiera, aburrido, y le avisaron dónde vivimos para platicar o escuchar música.

Catalina. Seguro. Eso debió pasar...

Magdalena. Por fin algo de emoción...

Servidumbre. Aquí está el joven.

El Mascón. Qué onda, cómo están, buenos días.

Servidumbre. Pero si es de noche...

El Mascón. Para mí el día empieza en la noche.

Servidumbre. Ya veo.

Magdalena. Para nosotras también.

Servidumbre. Bueno, con su permiso.

El Mascón. Seguro les sorprende mi visita, niñitas...

Catalina. Desde luego.

El Mascón. Y se preguntarán quién soy.

Magdalena. ...Eres El Mascón...

Catalina. ¿Eres El Mascón?

El Mascón. Claro que soy El Mascón, el original, el único, en persona.

Catalina. ¿Sí eres?

El Mascón. La pregunta ofende.

Catalina. ¿El que canta?

Magdalena. ¿A poco?

El Mascón. El mismo.

Magdalena. ¿El original?

El Mascón. ¿Hay otro?

Catalina. ¿No deberías estar dando un concierto en la costa?

El Mascón. De ahí vengo.

Magdalena. Increíble.

Catalina. Nos gusta mucho tu música, tu banda, tu ropa, el maquillaje.

El Mascón. Gracias, ustedes son un encanto; lo digo: de verdad.

Magdalena. Ah, no lo puedo creer, me besó la mano...

Catalina. ¡Ahhh!

El Mascón. ¿Tienen por ahí algo que me puedan ofrecer?, ¿alguna bebida?

Magdalena. Sólo hay agua.

El Mascón. No gracias, me hace daño: me oxido.

Catalina. Órale.

El Mascón. ¿Y qué beben? ¿Sangre?

Catalina. No; no sabía que podíamos beber sangre.

Magdalena. ¡Órale!

El Mascón. Algunos lo acostumbramos, de vez en cuando. Ustedes ya están en edad, por lo menos de beber sangría.

Magdalena. Increíble.

Catalina. Oye, ¿no deberías tener oculto el rostro?

El Mascón. ¿El rostro?

Magdalena. Sí; nunca lo han visto. Es parte de tu personalidad "mística". ¿No?

Catalina. Hasta ahora...

El Mascón. Claro, el rostro, desde luego, tenerlo oculto, eso era antes, ya no, ahora me gusta que me vean la cara. Están un poco atrasadas de noticias...

Catalina. ¿Sí?

El Mascón. Bueno, que se me vea el rostro; no quiero que me vean la cara, como se dice vulgarmente, ya saben, je... Parece que así es...

Magdalena. Sí, bueno, ¿y qué haces por aquí?

El Mascón. Estoy de paso. En realidad de vacaciones.

Catalina. Nosotras igual. No vivimos aquí, sólo en vacaciones regresamos a la casa de mi tío.

Magdalena. Mi jefe.

El Mascón. Qué coincidencia.

Magdalena. Tienes un amigo en este pueblo...

El Mascón. Sí, un amigo de la infancia. Un tipazo...

Catalina. ¿En este pueblo bicicletereo?

El Mascón. Así es. En este bonito lugar tengo un viejo amigo. Entrañable como la vida y la muerte.

Magdalena. ¿Y vienes a visitarlo?

El Mascón. Desde luego, él fue el que me habló de ustedes.

Catalina. ¿De nosotras?

El Mascón. Desde luego, parece que estuvo aquí al medio día.

Magdalena. ¿Qué? ¿Quién?

Catalina. ¿De quién nos hablas?

El Mascón. ¿Conocen a El Grande?

Catalina. Qué...

Magdalena. Estuvo aquí hace un rato.

El Mascón. Precisamente él me dijo que había dos bellas doncellas, recién llegadas al pueblo, que son de aquí pero viven en la capital. Y saboreaban una vida oscura y más bien alejada de lo terrenal, lo vulgar, lo simple.

Catalina. ¿Él?

El Mascón. Sí, él y su amigo: el que es un poco gordo...

Magdalena. ¿El Craso?

El Mascón. Exacto, de modo que conocen a esas dos finas personas.

Magdalena. ¿Pero si son de lo más simple y banales?

Catalina. ¡Son abogados!

Magdalena. Nada que ver con el movimiento oscuro...

El Mascón. Tal vez, tal vez; pero ya basta de hablar de mí, que yo he venido a conocerlas, a saber quiénes son estas bellas damas y qué es lo que les late más...

Catalina. No puedo creer que seas tú.

El Mascón. A veces ni yo me la creo.

Magdalena. Nunca imaginé que esos pelmazos tuvieran a un amigo como tú. Eres tan diferente.

El Mascón. A veces es bueno tener amigos de todo tipo.

Catalina. No lo había pensado.

El Mascón. ¿Y qué escuchan?... Además de mi música claro.

Catalina. Lo último de Lacrimosa.

El Mascón. Ah, esos imitadores.

Catalina. ¿Imitadores?

El Mascón. Simón... No existen, no son nada...

Magdalena. Increíble.

El Mascón. Hay que creer, sobre todo en los enigmas.

Catalina. Yo adoro los enigmas.

Magdalena. Yo también...

El Mascón. Mi próxima grabación se llamará "Los enigmas", precisamente.

Magdalena. Impresionante.

Catalina. ¡Wow!

El Mascón. Pero hablen de ustedes, díganme por ejemplo, ¿a ustedes les gusta este pueblo?

Catalina. No mucho.

Magdalena. Nada.

El Mascón. ¿Por qué?

Catalina. Todo es tan lento, tan simple, no hay emociones, gente interesante, personas con quiénes hablar. Se va la luz y se acaba todo.

Magdalena. Todo aquí es aburrido y feo.

Catalina. Estamos más solas que nada.

El Mascón. Pero recuerden que tienen a sus sombras. No se necesita más compañía.

Catalina. ¡Qué palabras tan profundas!

Magdalena. Cuánta sabiduría.

El Mascón. Cuando yo me siento solo, muy solo, le hablo a mi sombra, platico con ella.

Catalina. ¿Y qué dice?

El Mascón. Pues no dice mucho, realmente, es tímida y habla muy poco.

Catalina. Hacía mucho que no escuchaba algo tan extraño.

Magdalena. Nos hacía falta un poco de discusión, de inteligencia.

El Mascón. Bueno, yo me ofrezco uno de estos días a llevarlas a las sesiones ocultas de nuestro grupo.

Catalina. ¿Las lágrimas de la corte oscura?

El Mascón. Los mismos.

Magdalena. Excelente...

El Mascón. Tenemos una cueva, un antro, y ahí nos vamos a escuchar buena música y platicamos de nuestros temas y con nuestras sombras, algunas sombras se conocen entre sí y se hacen amistades, hasta romances entre ellas. Ojalá algún día me puedan acompañar.

Magdalena. Sí.

Catalina. Sería un honor.

El Mascón. Sólo que hay que vestirse de acuerdo a la ocasión.

Magdalena. ¿Cómo tú?

El Mascón. Exactamente, ¿qué opinan de estos guantes importados de Transilvania?

Magdalena. Soberbios.

El Mascón. ¿Y las cadenas?... Traídas precisamente de un calabozo medieval.

Catalina. Los mejores accesorios que he visto.

El Mascón. Me gusta vestir con estilo.

Magdalena. ¿Pero las botas no son como de charro?

El Mascón. Pueden parecer de charro aquí, afectadas por este ambiente tan campirano todo se confunde, pero les juro que son la última moda en el imperio de la oscuridad nocturna.

Catalina. Qué manera de expresión.

El Mascón. No; la expresión es otra cosa...

Magdalena. ¿Cómo?

El Mascón. La expresión es, por ejemplo, un poema que escribí hace poco, *Las flores del mal*...

Catalina. ¿Sí?

Magdalena. ¿Es tuyo?

El Mascón. ¡Claro que es mío! Un tal Baudelaire me lo escuchó una vez y fue a publicarlo...

Catalina. ¿Quién?

El Mascón. Baudelaire. Un dizque poeta maldito.

Magdalena. ¿Y por qué lo hizo?

El Mascón. No sé, no me importó.

Catalina. ¿Poeta maldito?

El Mascón. Exacto. Escuchen estas rimas, más bien, sientan lo que digo...

A mis costados, sin cesar, se agita el Demonio;

flota alrededor mío como un aire impalpable;
lo aspiro y siento que abrasa mis pulmones y los llena de un
deseo eterno y culpable.
A veces toma (conoce mi gran amor por el Arte) la forma de la más seductora
de las mujeres y,
bajo especioso pretexto de aburrimiento, acostumbra mis labios a filtros infames.²

Catalina. Sublime.

Magdalena. ¡Increíble!

Los mismos, servidumbre y Gorgibus desde afuera.

Gorgibus. ¡Están tocando a la puerta! ¿Acaso no escuchan?

Catalina. No.

Magdalena. Nada...

Servidumbre. Ya voy, ya voy...

Catalina. Qué palabras...

Magdalena. ¿Oíste ese poema?

Catalina. Sí. ¿Era un poema, verdad?

El Mascón. Desde luego...

Servidumbre. Niñas: alguien más quiere verlas. Está esperando en la puerta.

Magdalena. ¿Quién es?

Catalina. Tan bien que estamos...

² Charles Baudelaire. *Las Flores del Mal*, traducción de Ulyses Petit de Murat. Ediciones DINTEL, Madrid, 1959.

Magdalena. No esperamos a nadie más...

Servidumbre. Es otro de sus amigos, se hace llamar el... El Jodelet.

El Mascón. ¡Qué bueno que vino!, creí que ya no se aparecía.

Magdalena. ¿Quién es él?

Catalina. ¿Lo conoces?

El Mascón. Pero si es mi amigo El Jodelet, un excelente tatuador y coleccionista de música sombría.

Catalina. Qué bien... pues que pase, ¿no?

Servidumbre. Bien, que pase entonces...

El Mascón. Es banda mía, y también camarada de El Grande y El Craso, amigos de la infancia, casi familia.

Catalina. ¿Sí?

Magdalena. Parecen muy distintos...

El Mascón. Por su puesto. Es más, el tatuaje que tiene El Craso en la espalda...

Magdalena. ¿Tiene un tatuaje?

El Mascón. Claro que tiene un tatuaje, y se lo hizo el mismo Jodelet en "la caverna de las sombras".

Catalina. ¿Eso qué es?

El Mascón. El nombre de su local, en la capital.

Catalina. Nunca oí de ese lugar.

Magdalena. Increíble, no parecía un tipo que se arriesgara a tener un tatuaje.

Servidumbre. Aquí está su invitado.

El Jodelet. Buenas noches...

Servidumbre. ¿Cómo me dijo que se llamaba?

El Jodelet. El-Jo-de-let, también llamado “el amante nocturno”.

Servidumbre. El joven El-Jo-de-let.

Magdalena. ¿Nocturno?

El Jodelet. Claro, de las sombras habitante amoroso...

Catalina. Ah, ¿Y a quién amas tú? ¿A tu padre, a tu madre, a tu hermana, a tu novia?

El Jodelet. Yo no tengo ni padre, ni madre, ni hermana, ni novia.

Magdalena. ¿Entonces a tus amigos?

El Jodelet. Pronuncias una palabra cuyo sentido desconozco hasta hoy.

Magdalena. Está bueno...

Catalina. ¿A la patria?

El Jodelet. Ignoro cuál es la bandera y el escudo nacional.

El Mascón. ¿Amas el dinero? ¿El oro?

El Jodelet. Por favor hermano, lo odio.

Catalina. ¿Pues qué es lo que amas?

El Jodelet. ¡Amo las nubes. . . las nubes que pasan... allá lejos... las maravillosas nubes negras de lluvia!

Catalina. ¡Wow!

Servidumbre. Estaré en la cocina, por si se les ofrece algo.

Catalina. Sí...

El Mascón. ¿Y qué pasó contigo El Jodelet? Creí que ya no venías.

El Jodelet. Me retrasé dando los últimos trazos a mi rostro, ¿qué te parece?

El Mascón. Formidable. Él es El Jodelet, famoso tatuador del bajo mundo.

Catalina. Bien...

El Mascón. Aunque parecen hermanas son primas.

El Jodelet. ¿Primas hermanas?

El Mascón. Exacto.

Magdalena. Cuánto gusto en conocerlas.

Catalina. Bienvenido... El Mascón dice que eres un excelente tatuador.

El Jodelet. No tan bueno como él y su banda; verdaderos artistas.

El Mascón. Por favor, no seas modesto, mis tristes notas jamás alcanzarán la perfección de tus dibujos...

El Jodelet. Me esfuerzo por hacer líneas perdurables, obras de arte, pero nada como tus coros lúgubres, eso sí es sobresaliente.

El Mascón. Por favor, ojalá algún día pueda componer una canción con la mitad del talento que dejas en la piel de los afortunados que reciben tus líneas.

El Jodelet. Eso no es nada. Tú no seas tan sencillo, sabes que eres el más grande líder de la historia de la música, en todos los tiempos.

El Mascón. ¡Por favor!

El Jodelet. ¡Faltaba más!

El Mascón. Bueno, ya basta de elogios, quienes realmente los merecen son estas bonitas cortesanas, mira: aunque nacidas aquí, recién llegadas de la capital.

El Jodelet. ¿Y qué hacen allá?

Catalina. Vamos a la escuela.

El Jodelet. Preciosas...

Catalina. Este día debe ser el mejor de mi vida.

Magdalena. ¿Tú mismo tienes tatuajes?

El Jodelet. Desde luego. Tengo decenas de tatuajes y distintivos en todo el cuerpo.

Catalina. ¿Sí?

El Mascón. Por supuesto. Él mismo se los hace.

Catalina. Fascinante.

El Jodelet. Sólo necesito un espejo y un poco inspiración.

Catalina. Maravilloso.

El Mascón. Está lleno además de aretes y pearcing's...

Catalina. ¿Sí?

El Jodelet. Pues sí...

Magdalena. ¿Y podemos ver algunos de tus tatuajes?

El Jodelet. Algo mejor, pueden tocarlos.

Catalina. Sí...

El Jodelet. Por su puesto.

Catalina. Tus perforaciones...

El Jodelet. Nada hay de malo.

Magdalena. Yo más bien quiero ver tus tatuajes...

El Jodelet. Ah, ¿los tatuajes? Eso, eso... no es posible...

Catalina. ¿No?

El Mascón. Sólo se pueden ver en luna llena.

El Jodelet. Claro, son especiales para luna llena, en otra circunstancia se distorsiona la imagen y no se puede mirar con claridad, tienen una especial conexión lunar...

Magdalena. ¡Qué suerte!, hoy es luna llena.

El Mascón. ¿Hoy?

Catalina. Podremos ver tus tatuajes.

Magdalena. Y perforaciones...

El Jodelet. ...

El Mascón. ¿Están seguras que hoy es luna llena?... Yo creo que tienen un calendario atrasado.

Catalina. Es luna total, miren.

El Jodelet. Cierren la cortina, por favor, entre menos luz mejor. Entre menos luz se platica mejor...

Magdalena. Queremos ver las huellas de tu pulso.

El Jodelet. Ya habrá tiempo.

Catalinas. Y cuántos aretes y perforaciones tienes...

El Mascón. Sí, bueno; pero no es hora de mostrar la piel, tal vez luego.

El Jodelet. Ya habrá tiempo, por ahora sólo se puede tocar...

Catalina. ¿Tocar?

El Jodelet. Sí...

El Mascón. ...Mejor hablemos de ustedes.

Magdalena. ¿Y si ponemos algo de música?

El Mascón. Mejor, mucho mejor.

El Jodelet. Sí, sí, sí, claro que sí.

Magdalena.. Bailemos...

El Jodelet. ¿Bailar? Brincar...

Magdalena. A ver si esto les gusta...

El Mascón. Sí, está bueno.

Catalina. Tú vas a brincar conmigo, ¿no?

El Jodelet. Desde luego.

Magdalena. ¿Me puedes cantar esta rola al oído?

El Mascón. Sí... Bueno, mejor tú...

Magdalena. No me la sé completa...

El Jodelet. Deberíamos salir a dar el rol...

El Mascón. Exacto.

El Jodelet. En mi carruaje cóncavo...

Catalina. ¿Un carruaje?

El Jodelet. Así le digo a mi vocho cuatro puertas...

Magdalena. Suena bien... ¿No?

Los mismos, servidumbre y Gorgibus desde afuera.

Gorgibus. Alguien toca la puerta. ¡Niñas!

Catalina. Ajá.

Magdalena. No escuchamos nada.

Gorgibus. Ah, ¡bajen ese ruido estridente!

Catalina. Ajá...

Magdalena. ¡La puerta!

Servidumbre. ¡Ya voy a abrir yo! ¡Ya voy!

Catalina. No escuchamos nada...

Magdalena. ¿Quién podrá ser?

Catalina. ¿Vienen con más amigos?

El Mascón. No, no hay más de nosotros.

El Jodelet. Tal vez sus pretendientes...

Catalina. No, claro que no tenemos.

Magdalena. En este pueblucho no se podría tener vida social, salvo en casos excepcionales, muy excepcionales, como ustedes.

Catalina. ¿Cuándo podré ver tu piel tatuada?

El Jodelet. Todo a su tiempo...

Magdalena. Podríamos cantar una rola tuya mientras vemos la luna llena...

El Mascón. Podríamos...

Los mismos, servidumbre, El Craso y El Grande.

Catalina. ¿Ustedes?

Craso. Nosotros.

Grande. ¿Dónde se habían metido imbéciles?

Craso. Ahora verás, criado inútil.

Catalina. ¿Qué hacen ustedes aquí?

Magdalena. ¿Vienen con sus amigos?

Craso. ¿Cuáles amigos?

Magdalena. El Mascón y El Jodelet.

Grande. ¿Amigos?

Craso. Criados de última categoría.

El Jodelet. ¿Qué?

Catalina. ¿De qué hablan?

Grande. ¿Y por qué están vestidos así, grandísimos asnos?

Catalina. ¿Por qué les gritan?

Magdalena. Qué les pasa, inoportunos...

Catalina. No se dejen de estos majaderos, vulgares-pueblerinos-caras-de-mono...

El Mascón. Perdón... Pero señor...

El Jodelet. Pero esto...

El Mascón. No era parte del convenio.

Craso. Los vimos por la ventana...

Grande. ¡Aprovechados!

Magdalena. ¿Qué pasa?

Catalina. Eso mismo digo.

Craso. Este lío lo provocaron ustedes...

Catalina. ¿Nosotras?

Magdalena. Grandísimos tontos.

Catalina. ¿Qué hacen? No lo toques...

Craso. Calma, calma.

Grande. Miren, es nuestro deber como garantes de la ley y en aras del derecho de todo hombre a tomar venganza, pues quisimos poner un poco de equidad, pero estos tipos se pasaron de listos y esta vez se lo ganaron...

El Mascón. Ah, mi oreja...

Craso. Haciéndose pasar por payasitos, qué vergüenza. Esto ya es el colmo.

El Jodelet. Pero...

Grande. Murciélagos, o vampiros, o lo que sean, haciendo el ridículo, teniendo tanto trabajo.

Catalina. ¿No se dan cuenta que están culpando a dos ilustres figuras de la corte oscura, góticos del mejor estilo?

Craso. ¿De qué?

Magdalena. No los confundan...

Grande. Estos mentecatos no son ningunos ilustres de nada.

Catalina. ¿No?

Magdalena. Claro que sí, además muy guapos...

Craso. Según veo estos dos lamebotas...

Magdalena. ¿Lamebotas? ¿Qué te pasa?

Catalina. Pero si uno es vocalista de la mejor banda de música oscura y el otro el mejor tatuador del mundo.

Craso. Miren, uno es actor de El Grande y trabaja como chofer en los negocios de su padre, y el otro es el que tienen en mi familia por mozo, jardinero de tiempo completo y saca a pasear a los perros.

Catalina. ¿Perros?

Craso. Perros malteses. Todas las mañanas.

Catalina. ¿Eso haces? ¿Perros malteses?

Craso. Uno es de raza indefinida...

Magdalena. ¿Qué cosa es todo esto?

El Jodelet. Estoy igualmente sorprendido...

Craso. ¡No me digas!

El Jodelet. Sólo era una broma ¿no?...

El Mascón. ...

El Jodelet. No, no me deje así...

Grande. Que la verdad aparezca desnuda...

El Mascón. Ah... Pero por favor...

El Jodelet. ¡Voy a ir a derechos humanos!

El Mascón. Pero señor... señor...

Craso. Por mí, puedes ir a dónde te plazca...

Grande. Ahí la ven, mis niñas...

Catalina. Era demasiado bueno para ser verdad...

Craso. Buenas noches...

Grande. Le deja nuestros saludos al señor, por favor...

Servidumbre. De su parte, claro.

Catalina. ¡Lo que me faltaba!

Magdalena. Míralos... qué maldición... ¿Y ustedes qué me ven?

Catalina. Qué asco.

Los mismos, más Gorgibus.

Gorgibus. ¡Qué pasa! ¡A qué viene tanto escándalo!

Servidumbre. Señor, creo que debería venir...

Catalina. ¿Para qué lo llamas?

Servidumbre. ...

El Jodelet. ¡No!

Gorgibus. ¡Pero qué cosas!

Magdalena. Papá, papá, mira cómo nos han tratado tus abogados...

Gorgibus. A ver, a ver... ¡Catalina! ¡Magdalena! ¿Pueden explicar esta... cosa?

Catalina. Tío, tío, tus señoritos, los licenciados amigos tuyos nos trajeron a estos tipejos. Ellos fueron, de verdad y los dejaron así.

Gorgibus. ¡Qué!

Magdalena. ¡Mira! Nos hicieron una broma. Nos engañaron. ¡Ayúdanos!

Gorgibus. A ver, a ver, más despacio que voy de prisa...

Catalina. Trajeron a sus criados, los hicieron pasar por importantes personalidades góticas... Son actores... Sólo actores de pueblo...

Magdalena. ...De la corte oscura...

Gorgibus. ¿Qué?

El Jodelet. Buenas noches, señor...

El Mascón. Buenas...

Gorgibus. ¿Qué tienen de buenas? ¿Y por qué están así, ustedes dos?

El Mascón. Es que... Nosotros estábamos...

El Jodelet. Resulta que... Y los patronos...

El Mascón. Hacer una broma para las señoritas.

Gorgibus. Una broma.

El Mascón. Yo soy actor, bueno, estoy tomando clases...

El Jodelet. Eso es... y nos dijeron...

Gorgibus. Ni se esfuerzen en hablar, que no pueden. Ya veo qué pasó. Debió ser el trato que les dieron a los chicos. Ah, me lo temía. Ustedes siempre me ponen en apuros, siempre, siempre. Pero el domingo tendrán que confesarse a primera hora en la iglesia...

Catalina. Pero...

Magdalena. ¿Y lo que nos acaban de hacer a nosotras?

Catalina. Nosotras somos las víctimas.

Magdalena. Nos humillaron.

Gorgibus. ¿Dónde están Craso y Grande?

Servidumbre. Se fueron, señor... Hace un minuto...

Gorgibus. No se justifica, claro, pero ojalá algo de esto hayan aprendido niñas... Yo con ellos hablaré mañana en mi despacho.

Catalina. Nosotras no tenemos la culpa de nada.

Magdalena. De nada.

Gorgibus. Yo seré quien diga aquí quién es culpable y quién inocente. ¡Carajo! ¿Por qué me pasa esto a mí? ¿A mí?

El Jodelet. Nosotros...

El Mascón. Sólo cumplíamos órdenes...

El Jodelet. El guión estaba mal escrito, por cierto.

Gorgibus. Primero que nada, y por pudor, salgamos todos nosotros de aquí...

Servidumbre. Sí señor.

Catalina. Se trataba de actores, no lo puedo creer.

Gorgibus. ¡Esto es el colmo! Vámonos a sus habitaciones.

Servidumbre. ¿Y los jóvenes?

Gorgibus. Deje la puerta abierta y ciérrela cuando se marchen.

El Mascón. Gracias, señor...

Gorgibus. Ya lo dije: unas a sus recámaras y los otros a la calle... ¡Esta broma acabó con mi paciencia! Señoritas, a sus cuartos de inmediato...

El Jodelet. ...

El Mascón. ¡Era de esperarse! Vamos compañero a buscar fortuna en otro lugar, veo que aquí gana siempre la apariencia, y para nada se tiene en cuenta la desnuda virtud...

El Jodelet. Ah, ya chale...

Oscuro...

Derechos reservados del texto a nombre de Enrique Olmos.

©Los derechos de esta obra se encuentran registrados ante la Sociedad General de Autores Españoles (número de socio 110068), a quien se debe solicitar autorización para su montaje, puesta en escena, lectura pública, edición y/o traducción; además del autor quien puede fungir como intermediario a través del correo: info@enriqueolmos.com

LA OMISIÓN A ESTA CLÁUSULA CONSTITUYE UN DELITO